

es el de nuestra amante madre María, cuya llave fué dada un dia á Matilde, asi como la facultad de entrar en él siempre que quisiera. Discurriendo ella por el adviento algun medio de agradar á la Vírgen, se le apareció el esposo de las almas justas y le dió la práctica mas excelente de amor que se puede discurrir. «Saludarás, le dijo el Señor, al sacratisimo corazon de mi madre con la abundancia de todas las gracias que le fueron comunicadas de arriba. Le saludarás como el mas puro que ha habido nunca despues del mio, porque fué la primera que enarboló el estandarte de la virginidad. Le saludarás como el mas humilde, porque su humildad me llevó á la tierra desde el seno del eterno Padre. Le saludarás como el mas encendido, porque nunca hubo otro tal para amar á Dios y al prójimo. Le saludarás como el mas devoto, porque sus lágrimas y suspiros causaron la salvacion de los hombres. Le saludarás como el mas complaciente, porque se aprovechó de todos los actos de mi infancia, de mi adolescencia y de mi edad viril. Le saludarás como el mas paciente, porque fué traspasado de infinitas espadas de dolor cuando mi pasion. Le saludarás como el mas fiel, porque ella tuvo valor para ofrecer mi vida por la redencion del mundo. Le saludarás como el mas cuidadoso y diligente, porque no puede ser apreciado, ni conocido el cuidado que tuvo de mi iglesia naciente. Le saludarás como el mas alto en contemplacion, porque son indecibles las gracias que ha impetrado para los hombres por la eficacia de su oracion.»

II. ¡Oh! el que encontrara esta rica vena para sacar de ella el oro celestial, ¡qué pronto se enriqueceria con toda especie de gracias! El real profeta considerando un dia los innumerables beneficios que Dios le habia hecho y los que le preparaba para lo porvenir, se conmovió de tal manera, que el exceso de su amor le sugirió un

nuevo modo de hablar y dijo: «Señor, tu siervo ha hallado su corazon para hacerte esta plegaria (1).» Y yo comentando estas preciosas palabras digo á mi alma: ¿No hallaremos jamás nuestro corazon para amar á uno tan amable como es el de la madre de Dios? ¿Andará siempre perdido entre los espinosos cuidados de las riquezas, el cebo pegajoso de los deleites sensuales y los humos de la vanidad? ¿Será siempre llevado del flujo y reflujo de los negocios terrenos? ¿Se ahogará siempre en las congojas de esta vida? ¿Estará siempre tan lejos de sí y de la verdadera quietud, que no se pueda parar? ¿Hasta cuándo se entretendrá con esas frivolidades y esos juegos de niños? ¿No llegará el tiempo en que pueda gozar de las delicias de las almas escogidas y deleitarse en los objetos que tanto gusto dan á estas? ¿Se resolverá á unirse por afecto á este sagrado corazon, de donde ha de sacar infinitos bienes y deleites? Ese seria mi único deseo, ó santa madre de amor; pero ¿cómo he de llegar á tu corazon sin ser atraído por él? Rompe las ataduras que me tienen aprisionado, y despréndeme de mí y de todo cuanto me impide ir hasta tí, de quien quiero ser despues de Dios, confesando que tú me darás el medio de conseguirlo.

S. V.—El quinto rasgo de amor es amar con un amor tierno y ardiente á su hijo.

I. No produce la apacible primavera tantas flores, ni el abrasado estio tantas mieses, ni el templado otoño tantos frutos, ni el riguroso invierno tantas nieblas y escarchas como atractivos tiene el adorable Jesus para obligar á nuestros corazones á amarle. Su excelencia merece nuestro afecto; su complacencia le gana, su utilidad le cautiva, su bondad le arrebató, su amor le vio-

(4) II Reg., VII.

lenta; y además el respeto de la madre de amor le hace tomar alas para volar al encuentro de aquel á quien quiere el alma.

II. Su excelencia lo merece, porque por vuestra vida; ¿qué es Jesus sino el honor del cielo y de la tierra, la gloria del paraiso, el regocijo de los espíritus puros, la cabeza de la iglesia, el primogénito de los escogidos, el terror de los demonios y el gran conquistador del universo? ¿Qué es Jesus sino el rey de la majestad, el juez de vivos y muertos, el pontífice sumo, el único mediador entre Dios y los hombres, el admirable, el príncipe de paz, el ángel del gran consejo y el príncipe del siglo futuro? ¿Qué es Jesus sino el hombre Dios esperado de los siglos, predicho por los profetas, anunciado por los ángeles, deseado por los hombres, temido de los demonios y bendecido de todas las criaturas? ¿Qué es sino un Dios de tal suerte unido al hombre, que no perdió nada de lo que era, y un hombre de tal suerte unido á Dios, que fué incomparablemente ensalzado sobre todo lo que era? ¿Qué es sino un Dios abatido hasta el centro de la tierra sin deshonor y un hombre encumbrado hasta el trono de Dios sin perjuicio de su dependencia? ¿Qué es sino un Dios humanado sin mezcla de sustancia, un hombre divinizado sin confusion de naturaleza, en fin un hombre Dios, cuya herencia son las naciones, cuya posesion son los últimos límites del mundo y cuya pension son todas las perfecciones de naturaleza, gracia y gloria? Las inteligencias santas dirían alguna cosa mejor, pero no mas excelente.

III. Y si la excelencia de Jesus merece todo el amor de nuestros corazones; ¿qué será la extraordinaria complacencia que tuvo con nosotros uniéndose á nuestra naturaleza? Entonces fué, dice S. Bernardo (1), cuando se

(1) Serm. 45 et 49 in Cantic.

derramó copiosamente el unguento precioso de su divinidad en el seno de la Virgen, y de ahí se difundió el olor por todos los lugares de la tierra para atraer los corazones de los hombres á que le siguieran y amaran: porque los espíritus bienaventurados gozaban ya bastante en el cielo de ese perfume, aunque encerrado en el seno del Padre eterno. Antes que se derramase sobre la tierra, los ángeles penetraban ya en los insondables abismos de los juicios de Dios, en cuya ejecucion estaban ocupados ordinariamente. Los arcángeles conocian los arcanos de la sabiduría increada, cuyos intérpretes eran. Las virtudes estaban bastante ciertas del poder de su majestad tocante al trastorno del orden de la naturaleza criada, porque se habia servido muchas veces de ellos para este efecto. Las potestades tenian pruebas perentorias de la omnipotencia del Criador. Los principales estaban certisimos de la soberanía de Jesus sobre los imperios y reinos de este mundo. Las dominaciones habian descubierto mil rasgos de su amorosa providencia. Los tronos podian dar su juicio acerca de la infinita grandeza del que descansaba sobre ellos. Los querubines tenian los ojos bien perspicaces para descubrir los tesoros de ciencia y verdad escondidos en el Verbo del Padre. Los serafines no ignoraban que si ardian en amor, era solo por reflexion de los rayos de su infinita caridad. En una palabra todos los espíritus bienaventurados tenian motivos muy poderosos para abismarse en el amor del divino Verbo, á quien contemplaban cara á cara y sin ningun velo. Pero los hombres que no eran tan espirituales, necesitaban de un atractivo proporcionado á su naturaleza para moverse á amarle. Esta fué la maravilla que Dios manifestó en la tierra cuando nos dió Jesus, el amante y el amor de nuestros corazones, el objeto mas capaz de arrebatarnos que puede imaginarse, porque despues de tan extremada complacencia y tan es-

trecha amistad como es la que quiso entablar con nosotros, el que no ame al Señor Jesus, merece ser anatemado, segun dice S. Pablo.

IV. ¿Qué diré de los increíbles provechos que los hombres reciben á cada paso de su única dicha Jesus? El mismo apóstol parece quiso encerrarlos todos en pocas palabras, cuando dijo (1) que Dios compendió en él cuanto se hallaba esparcido en la tierra y en el cielo; como si afirmara que teniendo nosotros á Jesus, la rica joya del cielo, no habíamos menester ni de la fé de Abraham, ni de la obediencia de Isaac, ni de la fortaleza de Jacob, ni de la paciencia de Job, ni de la benignidad de Moisés, ni de la caridad de David, ni de la sabiduría de Salomon, ni de la bondad de Ezequias, ni de la piedad de Josías, porque todo esto é infinitamente mas está compendiado en Jesus. Tambien viene á ser como si hubie-ra querido insinuar lo que dice en otra parte (2): que Jesus nos fué dado para ser nuestra sabiduría, nuestra justicia, nuestra santidad, nuestra redencion, en una palabra el principio, el medio y el fin de toda la dicha que podemos esperar. Porque ¿quién de nosotros, dice admirablemente S. Bernardo (3), por muy profundamente sumergido que estuviese en la tristeza y la amargura, no ha hallado la paz y serenidad del corazon si ha recurrido á Jesus? ¿Quién estando ya al borde del sepulcro y próximo á caer en la desesperacion no ha empezado á respirar y esperar la vida si ha invocado á Jesus? ¿Quién postrándose ante él en las sequedades y aflicciones de su alma no ha sentido sosegarse su espíritu y bañarse sus ojos en lágrimas de devocion? ¿A quién no ha servido de consejero en las dudas, de fortaleza en las descon-fianzas y de asilo en las adversidades? Si el nombre de

(1) Ad ephes., I.
(2) I ad cor., I.

(3) Serm. 15 in Cantic.

padre es amoroso, ¿dónde se encontrará uno igual á Jesus, de quien recibimos la vida, pero una vida divina, el sustento, pero un sustento celestial, la manutencion pero una manutencion de principes é hijos del rey del cielo, la herencia, pero una herencia eterna, que es gozar de Dios? Si los nombres de madre, hermano, esposo, tutor, proveedor, pastor y otros semejantes son origen de continuas obligaciones; ¿no es Jesus para nosotros todo esto y lo que no puedo decir ni pensar? En suma podemos decir de él con toda verdad lo que la madre de Tobías decia de su hijo por un raptó de amor; que tenemos en él todas las cosas; de suerte que quien tiene á Jesus, lo tiene todo, y el que no le tiene, no tiene nada; quien le ha perdido, bien puede hacer cuenta de que lo ha perdido todo.

V. Si la dulzura tiene en sí no sé qué especie de atractivo á que no puede resistirse el corazon humano; ¿dónde hay mas dulzura que en Jesus, que no es otra cosa que una quinta esencia de dulzura? Jesus, dice el meliflúo S. Bernardo, es dulce en sus palabras, porque de sus labios destilan leche y miel; es dulce en sus miradas, porque no hay nada mas apacible que ellas ni entre los hombres, ni entre los ángeles; es dulce en su nombre, que es el unguento misterioso prometido por los ángeles y figurado por los profetas; es dulce en sus obras, porque no hay nada mas dulce que sus milagros, que el perdon que concedió, y la muerte que padeció. Y si es dulce en este valle de lágrimas, ¿qué será en el cielo, cuando anegue á los suyos en los torrentes de delicias y dulcedumbres? El venerable maestro Juan de Avila, que en el siglo XVI ilustró á toda España con los rayos de su doctrina y la edificó con los ejemplos de su piedad, escribia en estos términos á una señora afligida de enfermedades corporales y de tribulaciones interiores: «Aunque las aflicciones de vuesa mer-

ced sean tales y tantas, que padezca por mar y por tierra, como suele decirse; tengo por cierto que los trabajos interiores exceden á los exteriores tanto como el alma se aventaja al cuerpo. Pero si Dios por su infinita misericordia hubiera enviado alguna vez á vuesa merced una persona espiritual que supiese declararle los bienes que posee en Jesus, experimentaria vuesa merced que con solo pronunciar este santo nombre huirian de su corazon las tribulaciones con tanta prontitud como el demonio salia del cuerpo del rey Saul al oír tañer el arpa á David. No hay una persona por mas atribulada que esté, cuyo corazon no se inunde de gozo cuando se le anuncia la grata nueva de Jesus, si quiere recibirla como debe, porque no se figure vuesa merced que el ángel dijo por otro motivo á los pastores cuando les anunció el nacimiento de Jesus, que les traia la nueva de un gran gozo. ¿Será posible, dice S. Bernardo (1), que no nos sintamos aliviados siempre que pensamos en Jesus? ¿Será posible que encontreis algun otro objeto que conforte mas eficazmente vuestras almas, dé mas vigor á vuestros sentidos abatidos y despierte mas suavemente vuestros corazones que el nombre y la memoria del amable Jesus? A mí que no me presenten ninguna especie de manjares espirituales sin eso, porque toda vianda me parecerá insípida, si no está sazónada con la grata memoria de Jesus. Por mas que lea, escriba y conferencie, yo no tendré gusto en ello si no se encuentra allí Jesus, la miel de mi boca, la música de mis oidos y la alegría de mi corazon. Otra vez enajenado de amor y como embriagado con los torrentes de dulzura que manan del sagrado corazon de Jesus, prorumpió en estas tiernas aspiraciones: «Oh Dios, ¡qué dulce es el pensamiento del alma que se siente herida de las flechas de tu amor divi-

(1) Serm. 45 in Cantic.

no! ¡Qué inmenso regocijo experimenta el corazon á quien ocupas tú dia y noche con tu adorable presencia! Los cánticos mas melodiosos no son tan suaves como el nombre de mi redentor: el espíritu no tiene objeto mas deleitable que el Verbo eterno. Oh suerte libre de borrascas, donde el hombre escapado del naufragio asegura el áncora de la esperanza. Tu bondad es dulce para el que te busca, y dulcísima para el que te tiene. ¡Oh vino delicioso, que excedes al celebrado néctar de la ciega gentilidad! ¡Oh fuente, donde el amor casto inflama á las almas frias y apaga la deshonestidad! ¿Qué entendimiento me hará comprender ó en qué libro podré aprender la ciencia de amarte? Bien pueden decir tus hijos que tu amor es un martirio inefablemente dichoso. Cuando bajando el cielo por la tierra te labras un jardin en el corazon, la verdad ahuyenta á la mentira y el amor vence á los errores. Tu amor en su ternura es un manjar exquisito que harta sin empachar, ni causar fastidio: cuanto mas nos acercamos á tu mesa, mas crece en nosotros el deseo de comer tu carne y beber tu sangre. El que ha gustado estas delicias, tiene por un suplicio lo demás: para él los palacios son calabozos, el mundo un desierto, los deleites ponzoña. Oh Jesus, maravilla de los ángeles, melodía que embelesa el oido y arrebató el corazon de los mortales, panal de sabrosa miel, cuya imponderable dulzura nos llama al altar; mi corazon herido con tus golpes suspira de continuo por tí y corresponde con sus suspiros á tus ardientes miradas; permite pues que mi corazon y mi boca paladeen tus dulcedumbres. El fuego que abrasa mi pecho, excita un ardor que me consume: ese es el objeto en que pienso de dia y de noche, y así paso los dias y los años, todos los instantes de mi existencia, Jesus, amor de las almas santas; Jesús, blanco único de mis deseos, por tí suspiro, en tí y por tí respiro y en tí tengo mis mayores delicias.

VI. Grandemente se equivocaría quien pensase que estos son todos los motivos que tenemos para amar á Jesus, porque aun no he dicho nada del amor que nos manifestó, aunque es la cadena mas fuerte con que aprisiona los corazones y las voluntades de los hijos de Adam. «Es verdad, dice S. Bernardo (1), que hay mil titulos que me obligan á amarte; oh dulcísimo y benignísimo Jesus; pero todo bien considerado nada te haces mas amable á mi corazon, ni se lleva mas fuertemente mi cariño que el cáliz que te dignaste de apurar por mi amor, y la obra de mi redencion tan animosamente acabada por tí. Como esta es la pieza maestra de tu amor, es la que atrae mas suavemente el mio, le exige mas justamente, le obliga mas estrecha é irrevocablemente. En todo lo demás que hiciste por nosotros, es verdad que le instas fuertemente para que se dé á tí; pero aquí le compeles y violentas en un todo; y es preciso que deje el nombre de amor, si no se rinde á tan fuertes asaltos como los que le dieron tu corazon traspasado por la lanza, tu cuerpo golpeado y acardenalado y tu alma oprimida de dolor.

VII. Me parece que esto basta para despertar nuestros afectos, aunque estuviesen sumergidos en la mas profunda modorra. Pero ¿me atreveré á decir (que es lo que principalmente hace relacion á mi propósito) que aun cuando faltasen todos esos titulos, la sola consideracion de la madre de amor bastaria para estimular nuestros corazones y obligarlos á amar al adorable Jesus? Si que bastaria para aquellos que aprecian el ser de ella, saber que Jesus es el hijo de Maria y que por esta sola calidad merece mas amor que cuanto puede caber en los pechos de todas las criaturas. Con efecto Maria hace sin duda tanto caso del amor que se tiene á

(1) Serm. 20 in Cantic.

Jesus, que preferiria no ser amada, digo poco, desearia mil veces mas no existir que el que Jesus no fuera amado ó que se disminuyese algun tanto el amor que le es debido. El punto mas alto de su ambicion y el colmo de sus deseos es verle amado sobre todas las cosas y cuanto merece. Por donde es fácil conocer que de ningún modo mejor que de este podemos agradecer á la Virgen todas las obligaciones que le tenemos, porque amar á Jesus es mas para ella que gastar toda la vida en bendecirla, servirla, honrarla, amarla y hacer que la sirvan, honren y amen todas las criaturas del mundo. Así discurria un dia con santa Brigida, diciéndole: «Hija mia, si quieres hacerme un señalado servicio, ama á mi hijo por amor mio, ó mas bien ámale por amor de él mismo, atento á que es el mas hermoso entre todos los hijos de los hombres, el mas honesto, el mas manso, el mas cabal y el mas digno de ser amado que puedes imaginarte.»

VIII. Aquí desearia yo con todo empeño que esta madre incomparable, que toma tan á pechos el amor de Jesus, se dignase de servirnos de maestra y enseñarnos la manera de amarle, ó á lo menos nos enviase uno de esos espíritus abrasados del mismo amor, para que nos descubriera el secreto. Pero quizá esto es presumir demasiado de nosotros; por lo tanto á falta de un ángel del cielo que uno de la tierra nos dé leccion y nos enseñe el modo de amar al que es infinitamente mas amable que lo que podemos amarle. Ese ángel será el hijo predilecto de la Virgen, S. Bernardo, que á mi juicio se ha remontado á la mayor altrua á que puede llegar ningún mortal. «Aprende, dice (1), oh cristiano, del mismo Jesus el modo de amar á Jesus. Aprende á amarle tierna,

(1) Serm. 20 in Cantic.

cuenda y firmemente: tiernamente, para que nada de lo que halaga los sentidos, te desvie de su amor; cuerdamente, para que no te engañe ninguna apariencia vana; firmemente, para que no te eche por tierra ninguna fuerza: tiernamente, es decir, con todo tu corazón; cuerdamente, es decir, con toda tu alma; firmemente, es decir, con todas tus fuerzas. La caridad inflame tu zelo; la ciencia le dirija; la constancia le afirme: sea ferviente, circunspecto y animoso. »

IX. «El que ama á Jesus de la primera manera, continúa, siente enternecerse su corazón así que se habla de su amado. Nada oye de mejor gana, ni lee con más afición, ni medita con más gusto. La memoria de Jesus es para él un continuo banquete, en el que se sirve el ternero más cebado y su espíritu es regalado grandemente. El no puede perder de vista al Verbo encarnado y le tiene siempre presente ó naciendo, ó reclinado en el regazo de su madre, ó enseñando, ó muerto, ó resucitado, ó subiendo al cielo, ó en cualquier otro acto; con lo que queda embebecido su corazón. » Esas son las señales por donde puede conocerse el amor tierno á juicio de este gran siervo de Jesus y de Maria. Pero me parece que aun lo expresa mejor por obras que por palabras y en sí mismo mejor que en otros, como lo hace en el sermón 43 sobre los Cantares, donde explicando los delicados sentimientos de la esposa, que ve que su amado estará siempre sobre su seno como un hacedito de mirra, ajusta un pacto indisoluble con la cruz y los clavos, con la lanza y demás instrumentos de la pasión de su buen maestro Jesus y la toma por ramillete y por todo recreo. De ahí proviene que ordinariamente se pinta al santo estrechando sobre su pecho los instrumentos de la pasión. El ilustre mártir S. Ignacio, patriarca de Antioquia, en su carta á los de Efeso les manifestaba la disposición de su corazón para con el

Salvador. «Yo no quisiera, les decía, que respiráseis siquiera sin acordaros de Jesus. Por mi parte deseo sepa todo el mundo que ahí está mi única esperanza, mi gloria y mi tesoro y que por amor de él voy arrastrando estas cadenas hasta Roma, como si fueran perlas orientales ó diamantes de inestimable precio. » Sin disputa había aprendido este amor de su maestro S. Pablo, que no tenía otra academia que la de Jerusalem, ni otra escuela que el Calvario, ni otro maestro que el Crucificado, ni otra cátedra que la cruz, ni otra pluma que los clavos, ni otras letras que las llagas de su salvador, ni otro libro que su costado abierto, según manifiesta en infinitos lugares de sus epístolas.

X. Con razón podríamos llamar á este modo de sentir la práctica general de los santos: tan común ha sido en ellos. El glorioso S. Francisco se abismaba cada vez que meditaba los misterios de la vida de Jesus, especialmente los de su nacimiento y muerte. Al dulce Jesus le llamaba con extraordinaria ternura el niño de Betelem, y su corazón se derretía de tal suerte recordando la infancia del Señor (dice S. Buenaventura en su vida), que una vez consiguió licencia del romano pontífice para decir la misa de Navidad en un lugar dispuesto á manera de pesebre con un buey y un asno y convidar á este espectáculo el pueblo devoto, que no podía contener las lágrimas de ternura viendo los amorosos sentimientos de S. Francisco respecto de Jesus, niño y pobre por nuestro amor. S. Elzeario se mantenía ordinariamente en el costado abierto del Salvador, según escribía á su santa esposa Delfina. S. Edmundo de Cantorbery estaba tan acostumbrado á esta meditación, que por haberla omitido un día á causa de sus urgentes ocupaciones el diablo le impidió de hacer la señal de la cruz por algún tiempo. Santa Clara se hundía á veces tanto en el mismo sagrado costado, que costaba mucho trabajo sacarla de